

C A T H Y H O P K I N S

Luces, cámaras y... ¡confusión!



1 El soldadito

—Ni lo sueñes, Zoom —dijo Becca—. ¿Qué crees que somos?
¿Estúpidas?

—No —respondí—. Pero ¿por qué no quieren?

Lia, Cat, Becca, Mac y yo estábamos en la playa de Whitsand Bay, un par de días antes de las celebraciones de Pascua. Eran las seis de la tarde; la luz era perfecta; no había nadie más que nosotros, y lo único que les había pedido a las chicas era que se quitaran la ropa y posaran para mí desnudas contra las rocas. De acuerdo, hacía un poquito de frío, pero aparte de eso, no veía cuál era el problema.

—Porque sólo quieres vernos desnudas, por eso —dijo Becca.

—No es así —insistí—. Es arte. Para mi carpeta de presentación.

Era verdad. Necesitaba tener lista una variedad de fotos para cuando fuera a las entrevistas en las universidades. Pienso estudiar cine, pues mi ambición es ser director, y para eso es esencial tener una buena selección de fotos para mostrar en las entrevistas. Aunque también era cierto lo que decía Becca. Claro que quería ver a las chicas desnudas. Tengo dieciséis años y, a mi modo de ver, Lia, Cat y Becca son las chicas más lindas de nuestra escuela. Estaría loco si no quisiera verlas desnudas.

Cat se volvió hacia Mac.

—Veo que estás muy callado. ¿Qué piensas tú?

Mac le sonrió con aire descarado.

—Creo que deben hacerlo. Por el arte.

♡ LUCES, CÁMARAS Y... ¿CONFUSIÓN!

- Sí, claro –repuso Cat–. Y ¿cuál sería exactamente tu aporte?
–La apreciación –respondió Mac–. El arte necesita un público.
Lia soltó una carcajada.
–Tú también quieres vernos desnudas.
–Seguro –dijo Mac.

De pronto, Becca se levantó de la arena, donde estaba sentada, caminó hacia mí y se detuvo con las manos apoyadas en las caderas.

- De acuerdo –dijo–. Lo haré si tú también lo haces.
–¿Cómo dices?
–Si tú y Mac se desnudan, nosotras también lo haremos.
–No hables por todas –intervino Cat.
–Sí –dijo Lia–. No nos incluyas.

–Miren –les dije–. Sólo quiero que se acomoden contra las rocas. Me darían la espalda. No quiero una pose sensual ni nada de eso. Les aseguro que serán fotos artísticas. Todo se basa en las formas y las texturas.

Cat se echó a reír.

–Buen intento, Zoom. Eso no lo había oído nunca. Todo se basa en las formas y texturas. Ahora quítate la ropa.

Me senté sobre la cerca que estaba detrás de mí y contemplé el mar.

El día estaba resultando toda una frustración. Era mi cumpleaños. Debería ser divertido, una celebración, pero pronto empecé a comprender el significado de aquel dicho: «Bienaventurados los que no tienen expectativas, pues no conocerán la decepción». Muy cierto, a juzgar por cómo transcurría el día. Les llaman «dulces dieciséis». Sólo que no me siento dulce. Me siento pésimo.

Esa mañana me había levantado lleno de expectativas, como es habitual cuando uno cumple años. Bajé a la cocina esperando lo mejor: un desayuno completo, mi preferido, a pesar de ser un día de escuela; regalos sobre la mesa, tarjetas de felicitación... Pero no. No había nada. Nadie me preparó siquiera una taza de té. Papá ya había salido a auxiliar a un tipo al que se le había descompuesto el coche y mamá estaba

peinando a una de sus clientas, la Sra. McNelly, que vivía en nuestra misma calle. Cat dice que mis padres son las personas más importantes del pueblo porque papá es el único mecánico en muchos kilómetros y mamá, la única peluquera. Supongo que Cat tiene razón, pero a veces puede ser algo aburrido, como hoy, cuando uno quiere que le presten un poco de atención, para variar. Al menos mi hermanita, Amy, se acordó de mi gran día. Apenas entré a la cocina me señaló con su taza. Tiene sólo dos años. Es su manera de saludar. Lamentablemente, la taza estaba llena de leche y me salpicó toda la camiseta.

—Tu papá dijo que te vería más tarde —me dijo Janice. Es mi prima y a la vez la niñera de Amy—. Feliz cumpleaños.

Y eso fue todo. Eso y las tres tarjetas que había sobre la mesa: una floreada de la abuela, una con un chico y su perro sentados en un muelle, de la tía Bea, y una de mi hermano menor, Will: una tarjeta de Navidad donde había tachado la palabra «Navidad» y agregado «Cumpleaños». No podía quejarme. Había aprendido ese truco de mí, y también a envolver los regalos en papel periódico; pueden quedar muy artísticos si se los ata con una cinta colorida. De mis padres, nada. Y yo que pensaba que cumplir dieciséis era importante. Como cumplir dieciocho, veintiuno, treinta, cuarenta, etc. Un gran día. Un día especial. Un día que no se puede pasar por alto. Obviamente me había equivocado. En fin, decidí no seguir lamentándome y partí hacia la escuela.

La escuela estuvo como siempre: nada importante. No hubo ningún anuncio especial de cumpleaños al entrar ni me dieron el día libre, pero eso era de esperarse, ¿no? Al menos mis amigos y mi novia, Lia, no lo habían olvidado. Nos juntamos en el recreo y me dieron sus regalos. Lia había traído un termo con chocolate caliente y un pastel de zanañoria recubierto con betún de limón (mi preferido). Todo muy bueno. Cat y Becca me regalaron un CD de los Red Hot Chili Peppers; Mac me compró un DVD de la versión completa de *Reservoir Dogs*, de

♡ LUCES, CÁMARAS Y... ¿CONFUSIÓN!

Tarantino y Becca además me regaló un jabón muy elegante. (¿Estará tratando de decirme algo? Mejor reviso cómo huelen mis axilas.)

Cuando nos hartamos de comer pastel, Lia me dio su regalo: el libro de fotografía más increíble. Uno de esos enormes, pesados, que cuestan una fortuna. Es de un sujeto llamado Bill Brandt. Las fotos son en blanco y negro. Todas muestran paisajes, o al menos eso parece al principio. Cuando se mira con más detenimiento, se ve que una piedra es en realidad la curva del trasero de alguien o un hombro, un leño que flota en el agua es un brazo o una pierna. Es por el modo en que dispone las cosas y luego las ilumina. Como dije, todo se basa en las formas y las texturas. Absolutamente alucinante. Por supuesto, estaba ansioso por probar yo mismo, pero pronto descubrí que no es fácil lograr que la gente, ni siquiera mis mejores amigos, pose desnuda. Decidí hacer un último intento antes de darme por vencido.

–Vamos –les dije, volviéndome hacia ellos una vez más–. No lo estoy diciendo sólo para que se desnuden. En serio. Y ¿a quién más podría pedirselo?

–Pídeselo a Mac –sugirió Becca con una sonrisa.

–Es demasiado flaco. No tiene curvas –respondí–. Las chicas tienen mejores formas. Por favor. Sería genial si pudiera tomar esas fotos, y nadie sabría que son ustedes.

–Entonces, ¿para qué hacerlo? –preguntó Becca.

Típico de Becca, pensé. Le encanta ser el centro de atención y, a pesar de toda su oposición a posar, sé que por un lado le encantaría, sólo para poder decirle a la gente en una exposición: «¡Esa soy yooo!».

–La idea es –respondí– que yo pueda tomar algunas fotos un poco diferentes para mi carpeta de presentación. Eso puede ayudarme a entrar a la universidad y a salir de aquí.

–¿Por qué quieres irte de aquí? –preguntó Lia, señalando la costa que se extendía por muchos kilómetros a cada lado–. Este lugar es un paraíso.

–No lo es cuando llevas toda tu vida aquí –repuse–. Cuando ya has fotografiado cada centímetro, cada rincón, árbol, roca, persona... Hay

todo un mundo más allá de Cornwall. Estoy ansioso por empezar a explorarlo.

Miré a lo lejos, hacia donde había señalado Lia. Sin duda, esta zona es bellísima. La costa sur de la península es totalmente agreste: sólo playa, arena y acantilados hasta donde alcanza la vista. Impresionante, sí. Pero a veces, últimamente, siento que ya no lo veo. Siento que me ahogo aquí. Como en el pueblo: todo el mundo se conoce; todos saben qué hace cada uno. Lia es relativamente nueva en la zona. Lleva aquí apenas un año. Aún lo ve con ojos frescos.

Becca se puso delante de mí.

—¿Me oíste, Zoom? Dije que me desnudaré si tú también lo haces. ¿Estás conmigo, Lia?

Lia me miró desde la arena, donde estaba sentada.

—Lo pensaré. Quizá.

Miré a Mac. Se encogió de hombros.

—Sería divertido —dijo—. ¿Qué te parece?

De pronto me vino a la mente una imagen de Lia desnuda... Meneé la cabeza.

—Olvídenlo —murmuré—. Buscaré a alguien que no ponga tantas condiciones para posar.

Becca echó atrás la cabeza.

—Como quieras. Es una oferta única en la vida.

—En ese caso, me la pierdo —respondí, mientras guardaba la cámara en mi mochila. No podía arriesgarme. Si tenía que desvestirme al mismo tiempo que las chicas, quién sabe qué podría pasar. Es decir, en la zona de los pantalones. A veces bastaba con sólo pensar en ello. Estos últimos años han sido un infierno. Mi amiguito parece haber cobrado vida propia, y a veces es como un soldadito que se pone en posición de firmes en los momentos menos apropiados.

Es muy extraño. Es como tener un animalito con voluntad propia viviendo en el cuerpo de uno. A veces, no puedo hacer nada para

♡ LUCES, CÁMARAS Y... ¿CONFUSIÓN!

detenerlo. Puedo controlar todas las demás partes de mi cuerpo: brazos, piernas, manos, pies; ninguna de ellas se mueve involuntariamente, sólo si yo lo ordeno. Pero mi amigo es distinto. Tiene sus propias intenciones. A veces (especialmente cuando hay chicas presentes), por más que intente aquietarlo, no me hace caso. Entonces... Lia, que me gusta con locura, desnuda; Becca y Cat desnudas; yo desnudo; yo y mi amigo (y aquí no me refiero a Mac), a la vista de todo el mundo... No puedo correr el riesgo. No, señor. De ninguna manera.

Las chicas no saben la suerte que tienen. Si se excitan, o algo así, ¿quién se entera? Pueden mantenerlo en secreto. Pero para nosotros es distinto. Cuando empezamos a prestar atención a las partes femeninas de las chicas –un vistazo de senos, la insinuación de un muslo– zas, el amiguito se levanta, listo para la acción, con un saludo a todo lo femenino. Por eso, no. De ninguna manera iba a desnudarme junto con las chicas. De todos modos, tenía otra idea para una foto.

–¿Y si probamos otra cosa? –propuse–. No llevará mucho tiempo.

La idea se me había ocurrido al ver el pelo de Becca brillando al sol de la tarde. Ella tiene un hermoso pelo, largo y rojo. No rojizo, sino rojo. Rojo intenso.

–¿Qué cosa? –preguntó Becca.

–¿Qué les parece si todos se acuestan en la arena uno al lado del otro y extienden su pelo alrededor? –sugerí.

–No tengo mucho para extender porque me lo corté –respondió Cat, al tiempo que se tendía sobre la arena–. Pero sí puedo acostarme.

Lia se tendió a su lado, y luego Becca.

–Y tú al final, Mac –dije, y Mac se acomodó para completar la fila.

–Y ¿qué vas a fotografiar? –preguntó Mac–. ¿Nuestras cabezas? ¿Nuestros perfiles? ¿Qué?

–El pelo. La parte de arriba de sus cabezas. Será una toma de texturas.

Me arrodillé y luego me tendí para conseguir el ángulo correcto. Todos los colores se veían geniales por el visor de la cámara. El pelo

corto y oscuro de Cat contrastaba de un modo agradable con el de Lia, que es largo y rubio, casi blanco, hermoso, como agua o seda. Junto al de ella estaba el de Becca, del color de la sangre, a la luz del atardecer. Y, al final de la línea, las espigas rubias de Mac. Desde el ángulo correcto, la combinación de sus cabelleras parecía un paisaje extraterrestre. Una hora en el cuarto oscuro y podría quitar las caras para concentrarme sólo en el pelo. Sí, el efecto terminado quedaría genial. No como Bill Brandt, sino diferente.

–Se ve muy bien –dije, mientras me movía alrededor de ellos, haciendo varias tomas–. Sí, gracias. Excelente. Eso es.

–¿Ya podemos levantarnos? –preguntó Cat, luego de que los fotografié desde todos los ángulos que me parecían apropiados.

–Sí, gracias, chicos –respondí–. Estuvieron increíbles.

–Me alegro, porque me muero de hambre –dijo Becca, al tiempo que se ponía de pie y se encaminaba a la escalinata que subía el acantilado–. Necesito comidaaa –echó un vistazo a su reloj–. Dios mío, es tarde. Tengo que irme. ¿Vamos, Mac?

Mac se levantó para seguirla.

–Sí, claro –respondió.

–¿Qué prisa tienen? –les pregunté.

–Ninguna –dijo Mac–. Pero quiero volver a una hora razonable. Para cenar, hacer la tarea para la escuela. ¿Cat? ¿Lia? ¿Nos vamos?

–Sí. Lo siento, Zoom, tengo que irme –dijo Cat–. ¿Vienes?

–Más tarde –respondí–. Quizá tome algunas fotos más antes de que se ponga el sol.

Cat se puso de pie para ir con Mac y Becca, pero primero me miró, preocupada.

–Perdónanos por las fotos de los desnudos, Zoom.

–Descuida –le respondí–. Conozco a miles de personas que aceptarán posar desnudas. No hay problema.

De hecho, creo que podría convencer a Cat de posar desnuda si estuviéramos a solas. Ya la he visto desnuda. Está bien, eso fue cuando

♡ LUCES, CÁMARAS Y... ¿CONFUSIÓN!

teníamos unos cinco años, pero ¿y qué? Seguro que no le importaría si no estuvieran los demás. Nos conocemos de toda la vida y somos amigos desde que tengo memoria. Fuimos novios por un tiempo –unos años, en realidad– hasta que de pronto no tuvo más sentido: era como salir con mi hermana o algo así. Ella sentía lo mismo. Ahora le gusta el hermano de Lia, Ollie. Se la ve bastante feliz en las ocasiones en que él viene de Londres, donde estudia. Espero que la trate bien. No lo conozco tanto, pero me parece que, llegado el caso, podría ser de los que usan a la gente.

Mientras Cat, Becca y Mac volvían a subir por el acantilado, Lia los observó, nerviosa.

–Deberíamos irnos también, ¿no crees? –me preguntó.

–No hay prisa –respondí. Mi cumpleaños no había terminado y aún podía salir bien si contaba con media hora a solas con la chica más deslumbrante de Cornwall.

Lia miró su reloj. Era obvio que no compartía mi entusiasmo.

–No, en serio, Zoom. Pronto oscurecerá.

–Todavía falta mucho –le dije–, y no te preocupes, te acompañaré a tu casa.

–No, vámonos ahora. Pero... ¿podemos pasar primero por tu casa? Yo... eh, quiero que me prestes ese libro de historia para mi trabajo escolar. Papá puede pasar a buscarme más tarde.

Me encogí de hombros.

–Claro. Si eso es lo que quieres.

Lia asintió.

–Además, es tu cumpleaños. ¿Acaso tus padres no habrán organizado una celebración para ti? ¿Una cena especial o algo?

Meneé la cabeza.

–No, parece que no. En realidad, supongo que es mi culpa. Mamá estuvo preguntándome durante semanas: «Zoom, ¿qué te gustaría hacer para tu cumpleaños?». Y yo siempre le respondía: «Nada. No se preocupen».

No quería hablar mucho de eso con Lia, pues su familia es muy rica, pero mamá y papá están escasos de dinero desde que Amy entró en escena. Además, Will empieza la secundaria en septiembre y va a necesitar muchas cosas nuevas. Yo sólo trataba de aliviarles las cosas. Ya saben: no se preocupen por mí, no necesito nada importante para mi cumpleaños. Pero es curioso, porque ahora que llegó mi cumpleaños, me habría gustado que hicieran algo.

Lia apoyó la mano en mi brazo y lo apretó con afecto.

–Cuánto lo siento, Zoom. Ojalá me lo hubieras dicho; habría arreglado algo para esta noche, pero... tengo que volver a casa apenas haya recogido ese libro.

Nos quedamos sentados un momento, tomados de la mano y contemplando el mar. Es mi hora favorita del día. Hay mucha quietud. Además, la luz es mejor a esta hora. Decidí sacar la cámara y tomar unas últimas fotos de Lia. Hace poco más de un mes que estamos saliendo y aún no termino de creer que yo haya tenido tanta suerte. Lia Axford, mi novia. No sólo es la chica más linda de Cornwall; también debe ser la más linda de todo el mundo. Me enamoré de ella apenas la vi por primera vez en la escuela, en septiembre. Cabello largo y rubio, ojos azul-plateados, alta, delgada: una muñeca. Le di un diez –no, mejor once– sobre diez. Me parecía inalcanzable y pensé que jamás se molestaría en mirarme por segunda vez. Pero lo hizo. Hemos pasado unas semanas fabulosas. Pero en los últimos días ha estado un poco distante. Y ahora parece distraída, como si no quisiera estar aquí. Está nerviosa y no deja de mirar el reloj. Tal vez le molestó que les pidiera a las otras chicas que posaran desnudas. Quizá se puso celosa. O tal vez se aburrió. Hay una sola manera de averiguar si aún quiere estar conmigo, pensé, y me incliné hacia ella para besarla.

Ella se apartó y volvió a mirar la hora.

–Realmente deberíamos irnos –dijo. Luego se puso de pie y se encaminó hacia la escalinata.

–Bueno, está bien –respondí, y empecé a guardar mis cosas.

♡ LUCES, CÁMARAS Y... ¿CONFUSIÓN!

Sé que no conviene insistir cuando las chicas no están de humor. Pero a Lia le pasa algo, estoy seguro, pensé mientras cruzaba la playa tras ella. Es obvio que no quiere estar a solas conmigo. Tuve una sensación de languidez en el estómago. Tal vez ya no quería salir conmigo. Inevitable, supongo. Una chica como Lia podría estar con cualquiera: ha vivido en Londres, su padre es una estrella de rock, su familia es súper rica. (Viven en una mansión en el campo, mientras que mi familia vive en una cabaña de pescadores en el pueblo.) ¿Por qué a una chica como ella le interesaría un pelagatos como yo?

Cuando llegamos al pie de la escalinata que subía al acantilado, de pronto se volvió hacia mí.

–Oye, ¿te acuerdas del verano pasado cuando jugamos aquí por primera vez a *Verdad, consecuencia, beso o promesa*?

Asentí.

–Bien, ¿verdad, consecuencia, beso o promesa? –me preguntó.

–Bueno, no voy a elegir consecuencia porque me harás hacer alguna locura, como meterme corriendo al mar con toda la ropa puesta. Tampoco beso, porque no quiero besar a nadie más que a ti. Verdad, ya lo sabes todo sobre mí, entonces... Parece que sólo me queda la última opción: promesa.

–De acuerdo –dijo–, promesa. –Pensó un momento–. Creo que lo más importante en cualquier relación, ya sea de amigos, de pareja o lo que sea, es ser sincero respecto de lo que uno siente. Entonces, promesa. Promete decirme la verdad, aunque duela, sea lo que sea, y yo también lo haré...

–Sí, claro. Debemos ser sinceros sobre lo que sentimos –respondí–. Lo prometo.

En ese momento, sonó su teléfono móvil.

–No tardaré –dijo. Sacó el teléfono del bolsillo trasero de sus jeans y se alejó unos pasos. Hablaba en voz muy baja, como si no quisiera que la oyera.

Bueno, aquí viene, pensé. Va a dejarme, lo sé. Hay que decir la verdad sobre lo que uno siente, había dicho. Y, a juzgar por su comportamiento de los últimos días, estaba perdiendo el interés. Así que prepárate, pensé. Va a dejarte. Y justo en mi cumpleaños. La sensación en mi estómago se convirtió en un nudo apretado.

—¿Con quién hablabas? —le pregunté cuando volvió, poco después.

—Con nadie —respondió, ruborizándose ligeramente—. Digo, era sólo mamá que quería saber dónde estábamos... dónde estaba. Le dije que no tardaría y que pasaría primero por tu casa.

Mentía. Me di cuenta. A veces no entiendo a las chicas, pensé. Acaba de hablar de lo importante que es decirse la verdad, y dos segundos después, alguien la llama por teléfono y me miente descaradamente cuando pregunto quién era. No entiendo. Pero decidí no insistir. En realidad, no quería saber quién la había llamado, por si era algún tipo que estaba esperando reemplazarme. ¿Quién sabe? Tal vez era Jonno Appleton. Lia salió con él durante un tiempo este año. Quizá volvió a la carga. O tal vez era alguien de su escuela en Londres; debía tener montones de admiradores allá, de los que yo no tenía idea. Fuera quien fuese, supuse que conmigo había terminado. Lia estaba subiendo los escalones a toda prisa, como si ya no soportara mi compañía un minuto más.

—Pronto se pondrá el sol —dije, mientras corría para alcanzarla—. Quedémonos a verlo.

Lia siguió subiendo a toda prisa.

—No. Vámonos. Esteee... tengo frío. Y hambre. ¿Tú no tienes hambre, Zoom? Vamos.

Se acabó. Lia y yo habíamos terminado. Está bien, traté de convencerme, fue bueno mientras duró. Ojalá hubiera durado más. Mucho más.